

*Ped. Vol. 4-61*

# La Educación

Revista Pedagógica y Literaria



Interrogada Cornelia madre de los Gracos—sobre cuales eran sus mejores joyas, contesta indicando a sus dos hijos: Estas

APARECE LOS DÍAS 15 Y 30

*Año I | Montevideo, Mayo 15 de 1918 | Núm. 15*

# LA EDUCACION

*Revista Pedagógica y Literaria*

DIRECTORES:

**ARTURO S. SILVA Y HUMBERTO ZARRILLI**

OFICINAS: RONDEAU 1613 | MONTEVIDEO, MAYO 15 DE 1918 | AÑO I - N.º 15

## OBRA NECESARIA

A medida que el desenvolvimiento económico, las formas sociales, la moral y las costumbres cambian en el transcurso del tiempo al impulso indetenible del progreso en todo orden, es necesaria e impostergable una revisión en las leyes que rigen los destinos de los pueblos, para derogar unas, reformar otras y crear más, de modo que aceleren aquel progreso y se ajusten a las nuevas modalidades de los hombres.

Y ya que esto es indubitable en el orden político, es tan necesario y de vivo interés en otros órdenes parciales. Por eso debemos fijarnos perennemente en aquellas cosas que van quedando fuera de época, que están ya atrasadas, porque ningún soplo prepulsor e inductivo ha llegado a darles aligeros impulsos y vivificantes renovaciones, y al encontrarlas, la indicación es oportuna y necesaria ante los ojos de los encargados de revisarlas y corregirlas o renovarlas.

No se podrá decir que a los métodos de educación en nuestro país se hayan dado nuevas normas y tendencias modernas. Permanecen inmutables, y ninguna innovación han sufrido las leyes de Educación Común desde 1877... Graves y peligrosas, como perjudiciales y malas, ya van resultando ciertas disposiciones anacrónicas que nuestro medio magisterial rechaza.

¿Qué se ha hecho en tantos años para adaptar, innovar todo eso a más contemporáneos principios pedagógicos? Apenas si parciales y reducidas reformas han mejorado la condición de los maestros desde aquella fecha; y apenas si pocas cosas nuevas se han introducido en los métodos de enseñanza primaria. Sin embargo, a nadie escapa que hay un vastísimo campo inexplorado, que hay mucha tierra que fecundar, que existen innumerables problemas que resolver para darle a la instrucción un poderoso impulso que nos coloque en condiciones excepcionales de adelanto.

Pero como en todas las cosas, ha de haber factores obstaculizadores. Así, ligeramente, no podemos desentrañar causas tan hondas. Esto sería fruto de un largo y meditado estudio. Mas no quiere decir que no palpemos las consecuencias

que apuntamos. Apatía por una parte, desamor por otra, descuido, incapacidad, todo, en fin, contribuye a que prosiga el mal, a que no se corte, y en cambio, hace que se extienda, porque a medida que el tiempo transcurre y encontramos normas más modernas y que no están a nuestro alcance, más sufrimos las necesidades que sentimos y más queremos que las reformas lleguen. promisoras y fecundas como todas las reformas que llevan en sí el fermento de una vida más amplia, más libre y más en consonancia con las ambiciones altísimas de nuestros espíritus.

¿Qué hay que hacer, qué camino seguir, qué orientación llevar? Obra de los legisladores, obra de las autoridades escolares, obra, mayormente, de los maestros, todos estamos empeñados en entrar en un tren de reformas, todos hablamos de ellas, todos estamos de acuerdo en pensar que hay que hacer algo; pero no pasa de palabras y las reformas targbles no llegan a pesar de la voluntad que nos impulsa.

Esta es una obra necesaria y urgente. Es preciso que subamos los ojos hacia cuestiones más elevadas. Desviar debieran un momento su atención aquellos que a pesar de su cometido, sólo se entretienen en cuestiones casi personales o puramente políticas, sin atender más otros asuntos que afectan intensamente la vida nacional, cual es el de la educación común. Obra necesaria y urgente, nunca como ahora notamos el deber que existe de que el magisterio se una para reclamar derechos y mejoramientos, para que se imponga como fuerza primordial que es dentro del país, y logre, no sólo su propia elevación económica que le permita mayores facilidades a sus aspiraciones, sino la adaptación de métodos y tratados que le faciliten—dentro de la escuela—desarrollar todo un plan de enseñanza moderna, cuyos beneficios serían para el pueblo, ya que quienes forman la democracia son la cultura y la educación de los hombres, que por medio de ésta, libre, racional, incommensurable, aprenden a sentir la virtud más alta: la independencia personal y el amor a la libertad.

33248



# JOSE ENRIQUE RODO

Italia, el país de los cielos más purós, bajo cuya serenidad floreció el arte medioeval y palpitaron las sangrientas pasiones de los antiguos; el país de la línea, del color y la luz; el país de la armonía y del orden, ha dado el último soplo de belleza y de vida, en las eternas nupcias con la muerte, al sereno pensador de las simbólicas parábolas y maestro de idealismos, José Enrique Rodó, el más amable de los espíritus de América. Quizás, en su inagotable sed de emociones, mariposeando por el mundo, quiso encontrar en la ciudad eterna el secreto que cerró a nuestras investigaciones la puerta de los siglos que se fueron... Yo me imagino a aquel espíritu escogido, reconcentrado en sí, fija su idea en su rico mundo interior, errabundo, cruzar meditativo en la alta noche las calles solitarias del antiguo imperio, descendiendo entre la doble fila de estatuas hasta el Tiber, cuyas frías y turbias aguas reflejaron la lumbre de todos los incendios, recogieron los cadáveres y vieron el desfile purpúreo de los emperadores. Rodó escucharía, contemplativo y tolerante, la incomprendible historia que, con su lenguaje gutural y monótono, el río cuenta a todos los viajeros, y que la torre de Sant'Angelo, desmesurada y vieja, se inclina atenta para oírlo.

¿Qué nos diría el Maestro después de sentir sobre su alma el desfile de los manes de los césares, de los sabios, de los artistas, de los poetas? ¿Qué después de sentir en vida, tan estrechamente, el sacudimiento del poderoso estado que dirigió los destinos del mundo? Para su espíritu múltiple y observador, en cada hecho hallaría un motivo nuevo de ejemplo y enseñanza. Porque eso buscaba Rodó con su palabra. Ninguno como él supo contemporizar con todas las doctrinas para extraer de ellas la esencia pura que sembraba a manos llenas desde su cátedra evangélica. Esa esencia es el excelso idealismo que motiva la vida. Su espíritu penetró, en su afán de in-

vestigaciones, hasta el corazón mismo del helenismo, y en el ideal de los griegos como en la bondad del cristianismo, halló lo que es corolario, punto central, nervio, vitalidad de su apostolado sugeridor. No tiene los arrebatos del revolucionario ni los ímpetus de selección demoledora que combatió en Nietzsche; su verbo no enardece, serena, reconcentra, es un llamado a la meditación. Tan alta es su idealidad, tan pura, tan selecta, que pudo haber dicho con Maeter-



JOSE ENRIQUE RODO

linck que llegará el día en que las almas para apercibirse no necesitarán de los sentidos. De haber florecido en tiempos en que la filosofía helénica culminaba, su palabra ática y armoniosa, bajo el cielo encantador de Atenas, hubiera reunido en torno suyo a aquella fuerte juventud, cuyo ideal era la suma belleza en sus manifestaciones naturales.

Rodó fué uno de los pocos que cruzan por el mundo levantando miradas de admiración. Pasó como todo, que resplandece un instante con vibraciones de vida, para desaparecer en la nebulosa impenetrable. Pero talento superior, no pu-

do sustraerse de cincelar en oros inmortales lo que la vida le sugirió. Ahí están sus libros, escritos para la juventud y para los que piensan, para los exquisitos y para los elegidos; para los que gustan de las soledades panorámicas, ya que la torre de las meditaciones da a todos los horizontes azules y lejanos; ahí están sus libros de incomparables lineamientos, fresca fuente que apagará la sed de los peregrinos que dudan de la existencia y vagabundean sin brújula y sin norte. Él siempre tiene abiertas en colores un manojo de rosas de optimismo.

Nada más hermoso que el símbolo de "Ariel". El venerable maestro, a quien llaman Próspero, habla a la juventud americana de linajes latinos en el momento de una separación, excitándola a abandonar las sendas del bajo utilitarismo de la sensualidad sin ideal que encarna Calibán. "Y must eat my dinners", mientras demarca los caminos que se han de seguir bajo la advocación de Ariel, el genio del aire, "de la espiritualidad que ama la inteligencia por ella misma, la belleza, la gracia y los puros misterios del infinito". He ahí representado el idealismo de acción; fecundo, lejos de estar reducido a una idea fija, acabada, sin movimiento y sin irradiaciones. El idealismo de Rodó deja de ser doctrina extática; es lumbre, tiene las vibraciones infinitas de la luz y el sacudimiento de la flora que acarician los vientos pasajeros.

El ascetismo intelectual de este peregrino talento, está en "Motivos de Proteo", ese largo, pulcro, cristalino panegirico de la voluntad y del carácter. Basta enunciar lo característico de la obra del maestro que se fué para siempre, para comprender el altísimo móvil que guiada su pensamiento. Este libro —escribió Barret, ese otro maestro que nos abandonara tan prematuramente— "merece, no sólo admiración, sino agradecimiento, porque no es sólo un bello espectáculo, sino un gran beneficio. Rodó es de

los verdaderos maestros, de los libertadores, de los que nos devuelven nuestra alma, de los que, sin empujarnos por un sendero único, los iluminan todos; de los que, sin ordenarnos una labor fija, nos desatan las manos".

Y al concepto de su obra, tan profunda, tan pensada, tan ordenada, le debemos también la gracia de su estilo. No imitó a nadie en su manera de decir. Fué sereno, dulce, ondulante. Su prosa, al decir de Almada, no tiene la agreste agudeza de la selva no hollada aun por la planta del hombre, sombría, misteriosa, poblada de rumores extraños. Es más bien el Parque Watteau, abierto a la luz de los cielos, desbordante de flores y perfumes, resonante de cantos de pájaros domésticos, y en el que todo está previsto, todos los efectos bien combinados por la imaginación del artista jardinero, que ni aun ha descuidado las bellezas de lo rústico.

La obra de Rodó, por todo, deja honda huella en nuestro espíritu. Es el genio del orden dentro de la acción; el ideal que se amplifica mientras nos acercamos a él; la fuente inagotable donde encontraremos todas las emociones de la vida serena y laboriosa, emprendedora y útil, pero de una utilidad generosa y noble. Por eso su labor es saludable y fortificante para los que entristecen a las primeras pruebas del destino.

Busquemos, pues, en sus inmarcesibles páginas, lo que quiere el espíritu y siente el corazón. Sea nuestro rector intelectual. Sus palabras serán siempre oportunas. Y cuando el desaliento o el fracaso nos muestren la imposibilidad de nuestro objeto, buequemos en ellos mismos nuevos motivos y otras orientaciones, recordando la figura de Guyau que invocaba Próspero, de la pálida novia que con el sol de todos los días sentía renacer la esperanza de la llegada del esposo, muerta la víspera, o aquella ingenua y sencilla parábola del niño de Rodó.

ARTURO S. SILVA

Mayo 3 - 1917

¿Ha pensado Vd. en mejorar y perfeccionar sus condiciones intelectuales?

# Temas Educativos

## IV - Educación e Instrucción

NUEVA DIGRESION — Una segunda y anónima misiva me obliga nuevamente a tocar el tema «Maestros... y Maestros» por el que en estos momentos escribo. Se afirma en la epístola recibida que el título «Temas Educativos», que he adoptado para mis colaboraciones en esta Revista, no concuerda con la índole de algunos de mis artículos.

Detúveme ante la categórica afirmación; volví mi pensamiento a los temas desarrollados en busca de la contradicción denunciada, para tornar del examen retrospectivo con la convicción de haberme ajustado al título elegido.

Tal vez —dijeme— haya alguna razón que mi mente no alcance a vislumbrar.

Y proseguí leyendo el anónimo.

Es casi seguro que el autor del comunicado es un maestro; y a pesar de ello, ¿a qué no acertáis por qué afirma que algunos artículos no concuerdan con el título adoptado? Pues —¡no os lesmayéis!— porque «Educación es hablar de escuelas y niños; y nada más.» «¿Qué tiene que ver la educación — dice la carta — con el hecho de si los maestros se entregan a diceres, los fomentan y creen en ellos? A seguir en ese tren, cualquier día nos sale Vd. hablando de la Luna, convencido de que desarrolla un tema educacional. Educación es hablar de escuelas y niños; y nada más.»

Pues bien; no puede ser más erróneo el concepto que de la educación se ha formado mi comunicante. Con un simplismo que desconcierta, reduce el arduo problema de la educación, a dos términos: escuelas y niños.

Obsérvese que en realidad reduce todo a un solo factor, pues escuelas y niños son términos semejantes. ¿Qué es la escuela, en efecto, sino un conglomerado de niños?

Merced a este criterio estrecho y chato, denunciador de verdadera miopía mental, el autor de tan peregrina tesis, elimina innumerables cuestiones ligadas íntimamente al problema de la educación, y confunde, lo que es realmente lamentable, educación con instrucción.

A pesar de que los más elementales tratados de Pedagogía diferencian claramente educación e instrucción, aún existen quienes no alcanzan a comprender la diversidad de grado y de ideología entre ambas cuestiones.

La instrucción puede reducirse a momentos determinados: es un proceso temporal, factible de encuadrarse en horarios y programas.

La educación —que es evolución física y mental, renovación constante, ritmo ininterumpido, onda en incesante y ascensional movimiento— tiene su comienzo desde el momento en que el ser humano lanza su primer vagido, —o arte quizás— para terminar con el postrimer latido del corazón. En cualquier instante de la vida podemos dar por terminada nuestra instrucción, —si así nos place

o si las circunstancias nos llevan a ello. Con más o menos instrucción, poco o muy ignorantes, lo real es que podemos llegar, determinados, clavar el definitivo jalón en determinada etapa de nuestra existencia.

No sucede lo mismo con la educación: aún a nuestro pesar nos educamos. La educación es un proceso más abstracto, más íntimo, más incorporado, que se manifiesta por estados de conciencia que modifican, con el correr de los años, nuestra alma. Podemos educarnos por esfuerzos conscientes, es cierto — o ser educados deliberadamente, —misión esta última encomendada a la Escuela. Pero la educación, aunque hecha a conciencia, se diferencia de la instrucción en que no puede graduarse matemáticamente, ni ser limitada —por tanto— a momentos y porciones inmutables.

Piénsese, además, que dos son los medios primordiales para efectuar la instrucción: el maestro y los textos. En educación, en cambio, los textos no sirven para nada, y la acción del maestro, importantísima cuando puede realizarse, es completada por el hogar, el medio ambiente, el género de vida, la herencia fisiopsicológica, etc. Y decimos que la acción del maestro es importantísima cuando puede realizarse, porque — y esto lo probaré más adelante— en la actualidad la acción de la Escuela como educadora es mala o poco menos que mala.

A la luz de este amplio criterio sobre educación, pues, esbozo estos temas; y creo que esta aclaración convercerá al autor de la anónima carta de lo bien que caben múltiples cuestiones bajo el título: «Temas Educativos.»

Hipólito COIROLO

Dr. Francisco Alberto Schiaca

ABOGADO

18 de Julio núm. 26 (Unión)

Estudios Mercedes 826

Abelardo Vescovi

ABOGADO

Blanes 1268

Humberto Zarrilli

— CLASES DE —

FRANCES E ITALIANO

RONDEAU 1613



Era mañana de riego. Amanecer de égloga y virtudes primitivas. De los surcos abiertos llegaba un perfume de bienandanza. La acequia decía a lo largo del cañaveral su canción antigua, y las eras se llenaban de agua. Había plenitud de setiembre en el aire, y amor de pájaros en las viñas.

Ismael, fuerte y bravo a pesar de los setenta años que llevaba en sus hombros, hundía la pala en la tierra familiar. Modulaba un cantar lugareño de raza indómita. Era la copla vetusta, y sin embargo joven, que dos generaciones repitieron como una consigna invariable. Canción de gesta y de vendimia, las emociones heroicas y las clemencias del hogar se ajustaban en rimas perfectas.

Los antepasados, sus progenitores, todos habían ido perpetuando la huerta para transmitirla, intacta, como una reliquia. A ella volvían los hijos de los padres y los hijos de los hijos, como si una potencia inmaterial y prodigiosa quisiera mantener la cohesión de las proles nuevas con el tronco aborigen. La huerta significaba el redil de una familia, de una raza de bronce, sabolida por el destino y la justicia civil. Sólo Ismael quedaba en pie y Mariana — su hija — la heredera final.

El viejo labriego suspendió el cantar. No sé qué se cruzó por su alma. Pensó en la vida, en su esposa muerta y en Mariana.

—¿Por qué no fué varón? —¿Qué será de la huerta si Mariana no se casa cuando yo me ausente para siempre?

Y desde el fondo del valle el río parecía enviarle rumores de apronte y avanzada. ¡El pasado!

Mientras Ismael daba a la tierra su esfuerzo, Mariana, vigilosa, al amparo del cañaveral, costeaba el cerco en busca de Próspero.

—Ma... ria... na... — gritó el padre — te he dicho que no vayas al cerco; mira que puede picarte una víbora....

Para él, que poseía la conciencia de la vida, no pasaban indiferentes los continuos viajes de su

rencia abarcara todo el valle, hasta los mogotes del Famatina.

Y el primogénito vibró de orgullo. Soñó conquistarlo todo, todo, menos la huerta de Ismael, porque... Mariana, Mariana! Jóvenes ambos, sin querer y sin pensar, se amaron



a despecho de las rencillas seculares. Ella con el fervor del primer desahogo, y él con el deseo que sentimos por la primera manzana. ¡Qué importaban los odios de raza! El amor, la dulce fatalidad de los seres, quería relimir en los vástagos el contrapunto bravío de dos stirpes. El cerco fué testigo complaciente. Muchas lunas volcaron su platonismo sobre aquellas dos cabezas. El cañaveral rumoroso aprendió alguna leyenda precoz, y la viña, que guarda el secreto de Eva, les hizo más de un reproche sin palabras.

A pesar de todo, el plan estaba trazado: casarse o fugarse y, sobre todo, el amor. Ni los Velazco ni menos Ismael olvidarían sus odios, en homenaje al querer. Allá, en el fondo de la vida, pesaba el sedimento amargo que nadie pudo arrojar; y si grande era el amor de los jóvenes, era imposible la rencilla de los viejos. —¿Casarte tú con Mariana? ¡Nunca! ¡tiene sangre indígena! — ¿Casarte vos con Próspero? ¡Jamás! ¡lleva sangre de ladrones!

El dilema era de hierro. Al amparo de la montaña había cobrado consistencia, y ninguna familia podía claudicar en presencia del monte siempre grave, siempre azul y bravío como una lección heroica. Entonces los jóvenes desidieron fugarse, conocer el mundo. Cruzarían los cerros, el llano, los villorrios; marcharían juntos en la vida, sin querer y sin pensar; y así fué.

La noche de la fuga Ismael no podía dormir. Sus nervios tenían vibraciones extrañas, y por las ar-

Muchas lunas volcaron su platonismo sobre aquellas dos cabezas...

hija al fondo de la huerta

Al otro lado se extendía el solar de los Velazco, familia de palimpsestos, según el decir de los montañeses. Gente aventurera, venida de detrás de los montes, y que fué aumentando sus posibles merced a entreveros judiciales.

Cierto día, Don Lázaro, en la efusión del cariño, dijo a su hijo: — Yo quisiera Próspero, que tu he-

terias le corrían olas de juventud.

Desde la huerta venían perfumes de sementeras. Las azucenas montañosas daban su tributo a Setiembre, y la flor del «Corpus» derramaba su santidad en la noche. Había en el valle del Famatina esa emoción de liturgia y de renacimiento exclusiva de la región, donde los conquistadores dejaron bravura y ambición en homenaje al monte de Plata.

Ismael quiso incorporarse. Se creyó joven como para recuperar las tierras perdidas. Pendían de la pared sus armas. Estuvo a punto de empuñarlas para hundir la mojarra en el corazón mismo de los Velazco, y vengar en una hora la tragedia secular. Los antepasados se levantaban desde el fondo de la noche, y le recriminaban. Era el alerta de la sangre cruzando las tumbas y los siglos, para llegar como un grito de mando y de venganza. Pasados unos minutos, alguien movió los cañizos y alacenas. Se arrastró por el patio, penetró en la sala y, sobre el estrado al fombrado de «chuse», se puso a llorar. — ¿Será el viento que pasa? — se dijo Ismael. Mas era el espíritu de la raza, los númenes heroicos del hogar, que le avisaban que Mariana quería ser libre.

Al otro día temprano corrió al cuarto de su hija. Nadie estaba allí. — ¡¡Mari... ana...!!

Y aquel nombre, llevado por el viento, llenó la huerta, rebotó en las peñas y se perdió en la eternidad. El viejo lloró por primera vez lágrimas de maldición, porque su hija echaba un borrón sobre la estirpe. Ya la huerta no tendría heredera, ni una mano que la defendiera de los Velazco.

Pasaron los años. Próspero retornó, pero Mariana! quién sabe por qué caminos vagaba con alguna cruz auestas! Tal vez sería la compañera de algún pastor, de un minero, o bien la esclava de algún Señor de la Villa; pero no regresó más. Razón tenían los padres al prohibir aquel amor; no podían marchar juntos. Les separaba la cuna, el atavismo, las herencias desiguales. Frente al amor de una hora estaba el egoísmo inmemorial. Y el dilema parecía estar escrito en la piedra: — ¿Casarte tú con Mariana? ¡Nunca! Tiene sangre de indí-

gena. — ¿Casarte vos con Próspero? — ¡Jamás! Lleva sangre de ladrones.

Ismael en tanto, muy viejo, presintió que se acercaba la muerte una tarde de Agosto. La sintió llegar en las hojas secas que lleva el viento. Sentado debajo del corredor junto a las glicinas plantadas por Mariana, vió que una sombra saltó el cerco y venía hacia él. Lloró el gallo en las patrañas del fogón, y las aves piaron en el ramaje.

Ismael quiso levantarse para correr hacia el extraño personaje y la sombra ya fué una penumbra vasta destendida por la tierra y el cielo. Sus pupilas se llenaban de noche y todo él descendía por un precipicio interminable. La visión de la huerta se tornaba borrosa, agorizante. Luego fué una línea bermeja, más allá un punto, luego nada. Y el último luchador espiró. Se desplomó entero con su tradición auestas.

Después, nadie fué a la casa abandonada. Las gentes de la montaña bordaron consejos alrededor de la huerta, creyéndola tierra maldita, a donde «la mula ánima», después de correr por los cerros, llegaba a transformarse en mujer.

El tiempo, hábil destructor, fué secando la savia de los árboles. La carcoma perforó los horcones, y las paredes vestían de pátina mortal. Los Velazco cortaron el agua, y la cequia no volvió a decir su canción antigua. Ausentes las almas las cosas morían como si una maldición gravitara sobre la heredad de Ismael.

Mariana, desencantada de todo y así como retorna el bruto a sus pagos, volvió en busca de su herencia.

No tenía más en el mundo. El rancho nativo la atraía, poderoso, pertinaz, con esa fuerza inmanente que ninguno, a fuer de rebelde, pudo dominar.

La huerta, repulsiva para los montañeses, le decía a través de la distancia como en la niñez: Mari... a...na!

Al tocar la puerta, el frío del abismo heló su juventud. Se vió infeliz y fracasada, sin otro horizonte que la huerta, reseca y torva. Desprovista de naranjos y viñas, sólo quedaba allá, en el fondo, el cerco maldito.

Su hija fué criándose, se modelaban sus líneas y acentuaba el continente. Ambas roturaban el suelo para labrarse el pan de la Biblia. Mas, las eras estaban duras, miserables. Todas las energías se quebraban en vano, pues la tierra de Ismael, fecunda y alegre, se fué con Ismael.

— Madre — le dijo Elenita una mañana. — ¿Quieres cortarme unas «docas» del cerco?

— No es el tiempo de las «docas», mi hijita.

— Entonces cortame los duraznitos de San Juan, que son tan ricos.

— No, mi hijita, tan muy altos.

— Entonces, mamá, yo los cortaré.

Y se dirigió corriendo al cerco, opulento de frutillas, docas y duraznitos de San Juan.

— ¡Elenita! no vayas al cerco. Allí tiene su guarida un animal venenoso que picó al abuelito, y le mató.

— ¡Pobre abuelito!.. ¿Era bueno, te quería mucho, me acariciaba cuando nena?

La especie iba a seguir el rumbo de la especie, por razones de profecía y fatalismo.

La madre lo abarcó todo, y tuvo miedo de sus antepasados. Un fiero recuerdo, a manera de un puñal, penetró su corazón, mientras Elenita, trepada en el cerco, cortaba duraznitos de San Juan.

La huerta, irsuta y maldita, le retaba frente a frente: era el apocalipsis de su propia raza.

Y sintió que una muchedumbre la nombraba desde el fondo de los siglos: ¡Mariana!

CÉSAR CARRIZO

Buenos Aires

## Casa "Bios"

Hariinas frescas de legumbres y cereales — — — —

CAFE MALTA

Mie', Jugo de Uvas, caldo cereales

Tel. La Uruguaya 1145 cordon

RONDEAU 1528

# PAGINAS POETICAS

## A la madre Tierra

Madre, vuelvo otra vez a tu regazo  
En procura de paz y de sosiego;  
¡Ciñeme en tu amplio y bienhechor abrazo  
Purificante y ciego!

Estoy cansada, Madre, de esta larga  
Lucha sin objeto;  
Aliviame esta carga,  
Que pesa más en mí por su secreto.

Madre, quiero dormir... Pesa mi frente,  
Pesa mi pobre cuerpo dolorido;  
Madre, quiero dormir eternamente,  
En tus brazos de olvido!

Déjame así, tendirme toda entera  
Sobre tu oscuro seno:  
Libre de pensamiento y de quimera,  
De intelectual veneno.

Déjame así, sobre tu seno quieta,  
Inmóvil en la paz de tu existencia,  
Penetrarme de tí, de tu secreta  
Y misteriosa esencia.

Sentir mi cuerpo, lentamente,  
Hundirse en tus entrañas;  
Acariciada por el sol potente,  
Ligada a tí por mil fuerzas extrañas.

Quiero volver de nuevo a la inconciencia,  
Olvídamme de todos, y de mí...  
Madre, quiero fundirme en tu conciencia,  
Aniquilarme, disolverme en tí!...

Luisa LUISI

## "Blasón"

— ¡Canta Zulema, canta la exquisita  
Música de oro de tu primavera! —  
Y Zulema exhaló todo lo que era:  
Noche de luna, nonchalance de cita...

— ¡Zulema, exhala tu ebriedad, recita  
Tus versos sabios en azul quimera! —  
Y Zulema lloraba la primera  
Desilusión, y se inclinó marchita.

— Deja esa ilusa obscuridad, Zulema:  
Tu frente alumbra, tu mirada quema...  
— ¡Primavera! — te hosanan en su tiple

Las aves, tus hermanas, flor de encanto,  
Porque a más de ser bella, eres el canto  
Y eres el verso; ¡primavera trip'e!

Julio Herrera y Reissig

## El gusano de luz

Pobre ciego de amor, solo y errante,  
fui caminando a oscuras por el mundo.  
No hallé consuelo a mi dolor profundo  
ni hallé la paz que sentí temblante.

Si la esperanza me gritó: «¡Adelante!»,  
mi sino: «¡Atrás!», le repliqué iracundo...  
Fui a lanzar el adiós! del moribundo;  
te vi y, al verte, me sentí gigante...

Si, pues, por tí al amor he renacido;  
si me hiciste ver nuevos resplandores  
entre las viejas sombras del olvido,

Yo—en la noche sin fin de mis dolores—  
contigo soñaré... ¡porque tú has sido  
el gusano de luz de mis amores!...

Carlos Miranda

## ESTANCIAS

Cuando al volver otoño cubran las hojas muertas  
el estanque sombrío del molino arruinado,  
y el viento lleve el vano bostezo de las puertas,  
y el hueco inútil donde las ruedas han girado,

desde uno de estos poyos que descanso me ofrecen,  
cabe el muro de hiedra bermeja entretejido,  
veré cómo en el agua glacial se desvanecen  
la imagen de mi cuerpo y el sol descolorido.

JUAN MOREAS

Traducción de Díez Canedo

# Después del Baile CUENTO

Jueves

Querido Enrique: He observado que lo que más caracteriza las verdaderas amistades, es la importancia que el amigo concede a todos los hechos que afectan nuestro corazón, hasta para aquellos que a veces nosotros mismos pensamos en ellos cuando él nos lo recuerda. En tu carta anterior, tan interesado te muestras por conocer el resultado de aquella súbita pasión que te confié después de haber conversado con Dinorah, que voy a manifestarte sinceramente el fin que tuvo, porque no ignoro el profundo conocimiento que tienes del humano corazón, y sé que no caerás en censuras vulgares, dado que tu propia experiencia te inducirá a comprenderme e inclinará tus juicios a una serena tolerancia.

Perseguido por su recuerdo abandoné el baile, el cual ya no me encantaba después que ella, al retirarse con su hermano, había posado sobre mí su última mirada, harto expresiva, mientras acariciaba mi mano el turbador contacto de sus dedos tibios y finos, en el saludo de afectuosa despedida.

Ya en la calle, donde las primeras claridades matinales hacían palidecer la luz lechosa de los arcos voltaicos que rielaba sobre el asfalto humedecido por la lluvia recién cesada, sentí una deliciosa frescura que me hizo respirar el aire a plenos pulmones. Eché a andar seguido de los últimos murmullos de la fiesta y de los últimos ecos del piano que se extinguían en el silencio de la desierta avenida. — Caminaba sin tener precisa noción de la marcha, absorto en una grata ensoñación, embargado en una extraña laxitud física y moral que me daba la sensación de estar preso en una niebla vagorosa y cálida, a través de la cual apreciaba el conjunto de los detalles exteriores, los que tenía en ese instante, para mí un tinte suave y poético que armonizaba con la íntima embriaguez interior, la cual mecía mi espíritu en un arrullo de música lejana e inconcreta, evocadora de cosas infinitas... Con un gesto inconsciente, busqué en mi mano el per-

fume de Ella, y en un arranque de todo mi ser, con una fruición innarrable, la besé larga, apasionadamente.

Me sentí intensamente suyo, seguro de que ninguna otra mujer me había conmovido tan hondamente como Dinorah, a quien consideraba como la augusta idealidad de mis sueños.

A pesar de mi cansancio físico, permanecí en mi lecho largas horas, insomne, envuelto en la discreta penumbra de la alcoba, hasta la cual llegaba atenuado el trajín de la calle. Cerraba los ojos para tener más presente en mi espíritu su imagen que surgía neta y orlada de un nimbo de suprema belleza. Por un enorme poder imaginativo, veía sus grandes ojos rasgados, misteriosos, con la mirada dulcemente incisiva y la sombra que proyectaba el arco de sus pestañas largas... Retenía en un esfuerzo mental el dibujo de sus labios sensuales, rojos y lozanos como una divina flor de carne, que sonreían mostrando la blanca e impecable de su dentadura regular, e incitaban a devorarlos en la exaltación de un beso interminable.

Evocaba su garganta inpoluta, su seno poderoso y triunfal, cuyos glóbulos rosados pugnaban, en un estremecimiento incitado, por surgir de la delicada prisión de su escotada veste; su talle breve, que rodeó mi brazo tembloroso en el abandono de la danza, la esbeltez de su cuerpo todo — que tenía la pagana gracia de la línea, que yo adivinaba bajo los pliegues correctos de su albo traje, — y que contemplé reflejado en la luna del espejo del salón, sin que la eurtimia armoniosa se rompiera, cuando seguíamos, enlazados, la cadencia rítmica de un vals...

Recordaba su voz de inflexiones apasionadas, de timbre canoro; sus frases que me revelaron su ingenio y su profunda cultura; nuestros largos silencios en el saliente del balcón, oyendo el ruido monótono de la lluvia y con la frente acariciada por la brisa nocturna, la primora mirada que senti-

mos llegar, estremecidos hasta el corazón, mientras entornábamos los párpados como segados por la intensidad de su reflejo; su turbación esquiva que la hizo huir de mi lado — como temerosa por la presencia de cosa difinitivas que sentía cernerse sobre la conmoción espantosa de nuestras almas — para volver a entrar en la sala, con su paso sereno de reina, que hacía surgir como de un ritmo, toda la excelcitud de su conjunto que se destacaba en medio de aquella multitud culta y perfumada...

¡Ah, cómo la amaría yo! Cómo la sentía digna de esta pasión absorbente que me incendiaba! Qué de cosas no le diría esa noche, en nuestra primera cita, en que la veía como la deseaba mi anhelo, sin sufrir la angustia dolorosa de no poder decir siquiera con los ojos lo que los labios callan! Sin tener que sofocar el ansia de nuestros corazones porque muchos ojos están suspensos sobre nosotros.... Oh, solo con ella, en la penumbra de una reja florida, con qué dulzura infinita no se deslizarían las horas a su lado... Como Ella me veía suyo en un abandono de toda mi alma... en la elocuencia muda de nuestros silencios prolongados, en que asistíamos, enlazadas las manos temblorosas y fijas las miradas del uno en los ojos del otro, al diálogo silente de nuestras almas....

Me dormí al fin con su nombre en mis labios y su imagen no se apartó de mis sueños...

Cuando me desperté anohecía y el primer pensamiento fué el suyo, me levanté gozoso y después de vestirme sali a dar un paseo, tenía necesidad de expansión. En el café encontré a Julio, nuestro loco camarada, y por un sentimiento de pudor no le quise hacer confidencias a él que no las comprendería. Cenamos juntos y lo hicimos alegremente, aunque sin cometer ninguna exageración. A la hora 21 él me dejó para irse a visitar a su novia. ¿Tú piensas que yo corrí a mi cita por la cual tanto entusiasmo había manifestado? Pues bien,

te equivocas. Y aquí viene lo extraño, lo inexplicable, lo que ya muchas veces me ha sucedido. ¿Qué pasó por mí? ¿Qué invisible factor influyó para que se desvaneciera como las sombras ante el avance de la luz, una pasión que había sido mi obsesión durante tantas horas? ¿Por qué todo interés por ver a Ella, lo sentí extinguido en tan poco tiempo? Fue un sueño o una realidad?

¿Es que el amor no existe o soy yo que estoy condenado por mi propia indiosincrasia a estas pasiones intensas pero fugaces?

¿Tú sabrás explicármelo? ¿Soy digno de tus reproches?

Afectuosamente. — TITO

Por la copia

HUMBERTO ZARRILLI

Febrero 1918

## EXAMENES

El 15 del corriente dieron comienzo los exámenes generales para los aspirantes a maestros Nacionales.

Dichas pruebas se realizan en la Escuela de 2o. gdo. No. 6, ubicada en Uruguay 1457, y es crecidísimo el número de aspirantes que se han inscripto.

## Los cursos nocturnos

Se nos informa, y lo hemos podido constatar personalmente, que el curso nocturno que funciona en el local de las calles Paysandú y Yi ha sido clausurado.

Dado el número de adultos que concurría, es verdaderamente lamentable que esto ocurra sin mediar causas poderosas, máxime teniendo en cuenta que en otros cursos, en el No 4, por ejemplo, se tienen que rechazar diariamente 3 ó 4 obreros, y es tan crecido el número que ya concurre, que ha sido menester organizar dos turnos.

Por la cultura y el bien de los que desean saber, ¿no sería justicia que se aumentase el número de los cursos nocturnos?

Atiendan las autoridades!

## Nota gráfica de la guerra



Asalto a un tren teutón por las tropas inglesas

## Liceo Oriental

Director: C. J. Terra

URUGUAYANA 3170

Enseñanza elemental y superior  
Clases de teneduría de libros, de  
ingreso a todas las carreras

Francés, inglés y portugués

— cursos nocturnos para adultos —

Se reciben pupilos, medios y 1/4

Ningún maestro puede dejar de contribuir al sostenimiento de aque la prensa que expone el elevado fin del magisterio y defiende sus intereses.

*¿Quiere usted un buen servicio de Mensajeros?*  
Pida mensajeros  
**AMIGO**  
**De Nicolas Figueroa**

Agencia de Lotería, Gígarería y Salón de Instruir calzada

Ventas de revistas. Tel. LA URTIGUAYA 9 Aguarda

Calle Sierra número 2012 — Montevideo

# El Maestro del Libertador

Simón Rodríguez, el celeberrimo Nestor y ayo del Libertador, era un extraño y originalísimo personaje, mezcla de Diógenes y de Aristóteles, sublime visionario, filántropo adnegado, doctrinario esclarecido, erudito como ningún hombre de su tiempo, «figura extraordinaria, el más sabio y virtuoso del mundo, lo recomendaba Bolívar, que ha viajado mucho, que ha leído más y que ha aprendido más que lo que ha viajado, y ha leído»; escritor de elevado vuelo, aunque algo desordenado y más pensador que artista; andariego como la pelusa, todos los países y ciudades del Viejo Mundo los había visitado y observado; conocía la mayor parte de América, y en su vida errante y vagamunda, había frecuentado también los otros Continentes. «No quiero parecerme a los árboles que echan raíces en cualquier lugar, y allí viven y mueren; quiero ser como el viento, como la luz, algo que vibre, evolucione, que se mueva, como el agua, como el sol, que marche sin cesar y recorra el mundo entero.» Estuvo 24 años caminando en la vieja Europa, estudiando, trabajando, repartiendo su saber y sus extravagancias, a mano llena, por aquellas conocidas comarcas. «Soy el único americano que hasta ahora ha invertido los papeles de la generalidad de los hombres: he ido a Europa a enseñar y a hacer fortuna», se expresaba risueño al volver casi rico a su patria, después de haber salido pobre de ella. A pesar de que tenía pocos años más que el futuro Libertador, y de un carácter tan raro y excéntrico, en mérito de su gran saber y a sus altas dotes intelectuales, le fué confiada la educación del joven Bolívar, la que dirigió y previó como un vidente; su cuidado, que veló con la solicitud del mejor padre de familia de que nos hablan los códigos; y hasta se le entregó su fortuna, la que honrada y hábilmente administró durante diez años; y ningún hombre puede decirse que ha ejercido más influencia en modelar su espíritu y dirigir el alma de otro, y con mayor éxito que aquel que fué «la cabe-

za de los portentos y la lengua de las maravillas», que este pedagogo que tenía alma de Rousseau y vida de Rabelais. «Yo he seguido el sendero que Rodríguez me señaló, decía el Libertador en el apogeo de su gloria, él formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para todo lo grande y para todo lo hermoso.»

Este ilustre educacionista tan comentado, y que con este confuso preámbulo traemos hoy a la palestra, había nacido en Caracas de legítimo matrimonio, pero él había cambiado, en su nómade existencia, varias veces de nombre, llamándose, ya Samuel Robison, ya David Barroud, ya Simón Rodríguez, que es el más popularmente conocido en América, y otros, sin adoptar nunca su verdadero apellido, el de su progenitor legal, que era Carreño, porque, según él, «no había conocido nunca a su padre, pero que en cambio había conocido mucho a un fraile que visitaba mucho a su madre»...

Educó al Libertador tarea a la cual el mentor se dedicó con toda su alma y toda su vida, según el sistema preconizado en el Emilio de Rousseau, tan en boga entonces, y le dió el resultado apetecido y tan espléndido que todos conocemos. Por ese método también, u otro tan extraño como ese, quiso fundar varios establecimientos de educación en distintos puntos del continente americano y difundir, ya desde la cátedra, ya desde la prensa, sus ideas y sus creaciones, que defendía con el encarnizamiento de un avaro sus intereses; y en todos, sus neurosis y sus generalidades, lo perdieron. En Arequipa, al abrir su escuela, se llenó de muchachos, pero sus maneras de enseñar, ya atándoles los dedos para el aprendizaje de la caligrafía, ya paseándose desnudo por entre los alumnos para que aprendieran en cuerpo vivo la anatomía humana, ya jugando en plena calle con sus discípulos y al igual que ellos; ya azotándoles para que recordaran mejor una lección importante, y otras modalidades tan exóticas como originales y suyas, le hicieron

retirar, poco a poco, sus alumnos.

Se fué a Chile, recorrió varias ciudades de este país, trabajó y escribió muchísimo, aunque infructuosamente, para demostrar la bondad de sus *enseñanzas*, asociando su escuela a una fábrica, fundada para la explotación de alguna de las muchas que había practicado en otras naciones. En Valparaíso, en un taller-escuela, se leía el siguiente cartel en lo alto de la puerta, escrito en letras grandes, en formas y colores provocativos:

«Fabricas de velas y Consejos morales. Luces y virtudes americanas, esto es, velas de sebo, paciencia, jabón, resignación, cola fuerte, amor al trabajo»

En Bolivia hubiera progresado y triunfado en sus peregrinas formas de enseñanza. Mandaba allí el Mariscal Lucre, la diestra de Bolívar, y el hombre de su mayor confianza; el Libertador lo había recomendado especialísimamente, con altos elogios y con el énfasis que le era habitual. Todo era poco allí para agasajar a aquel sabio que tanto le merecía y le debía el vencedor de Junín y Carabobo; Lucre y sus Mariscales le dieron un magnífico banquete como al numen del Libertador, le colmaron de honores, de laureles y de alabanzas. El bohemio reformador quiso también retribuir aquellos agasajos tan brillantes y los invitó a su Establecimiento para otro convite. El día indicado, el Mariscal de Ayacucho, su galano Estado Mayor y altos Dignatarios de la reciente República, se trasladaron en corporación a la residencia de Don Simón Rodríguez, dispuestos a hacerles los honores a los manteles de tan renombrado y recomendado émulo de Pestalozzi; y al entrar al comedor la comitiva, ante el lujo y pompa marcial, contemplaron un artístico dosel, con los colores de la Patria, y en una mesa larga y lujosamente ataviada, estaba servido el chocolate en... ciertos recipientes aporcelanados de uso común en la noche!! Inútil decir que el Héroe de Ayacucho y su comitiva sin sentarse siquiera, se retiraron de allí, indignadísimos, sin oír las protestas de D. Simón que vociferaba que no

se fueran porque aquel servicio de *tuzas* era absolutamente nuevo, recién comprado en el almacén, y que compró aquello porque no encontró otros pocillos en cantidad como para tantas personas...

Algunas o varias veces se casó Rodríguez o Carreños o Robison o etc. porque sino echó raíces en ninguna, como a él le agradaba, a lo menos largó brotos adventicios por muchos lugares; puesto que para un Judío Errante como él, casarse le costaba menos que cambiar su raída indumentaria. En Caracas se «matrimonió» por primera vez, teniendo de este enlace seis hijos que bautizó con los nombres de seis legumbres, porque, como decía él, muy bien si en Lima hubo una Rosa que fué santa en el *Martraologio Cristiano de Indias* ¿porqué no ha de haber también en el Santoral de la América Independiente un San Choclo?

En sus viajes a Europa se engalanó con las tiernas bridas del imeneo, y muy al natural, y sin molestar a frailes ni funcionarios civiles, en repetidas ocasiones, con la buena suerte de que se le caía la baba a Don Andrés Bello que estaba por allá entonces, según se colige de las memorias de este último, y tan pronto como cambiaba de lugar, cambiaba también, con igual facilidad de consorte; y sus hijos habrán quedado, como productos esporádicos, por acá y por acullá, sin raíces permanentes que los atararan al árbol reproductor. Vuelto a América, sus uniones se repitieron con demasiado frecuencia, donde quiera que momentáneamente se radicara, y hasta con indias—¡a mucha oferta del artículo rebaja la demanda— se unió aquel curioso personaje, eterno soñador

de la redención moral de América, teniendo de este cruzamiento varios hijos. Pero, ¿cómo es que este hombre, que a pesar de sus extravagancias y exotismos, era en el fondo un filántropo y un humanista, se cargaba así de hijos, para luego abandonarlos tan despiadadamente? Don Simón mismo, en una carta al General Mata, que le comunicaba el nacimiento de un nuevo vástago, se encarga de contestar:

«Mi querido General: quedo enterado de que a Vd. le ha nacido un hijo; si él es varón debe eliminarse, porque los hombres son todos ladrones, asesinos, bandidos, etc., si es mujer lo mismo: ellas son el pecado. El mejor camino es no tener hijos. Pero como yo los tengo, Vd. dirá que me contradigo, a lo cual me permito advertirle que no hay tal: es que mi casa es visitada por algunos amigos

Estando en el Ecuador Don Simón Rodríguez, tranquilamente con su señora, pero arduosamente con sus sueños y proyectos, un compañero de tareas algo tenorio, se alzó con su consorte, dejándolo «viudo». El Maestro no se alteró mucho por eso; la esperó todo el tiempo que le pareció prudente, y viendo que no retornaba al nido tan descuidado del hogar, aquella oveja descarriada, le escribió al Don Juan tan afortunado, poseedor de la codiciada prenda, la siguiente carta: «Mi muy estimado amigo: sírvase devolverme mi mujer, que hace tantos días Vd. retiene en su casa contra mi voluntad; porque, ha de saber Vd. que yo también la necesito para los mismos usos a que Vd. la tiene destinada. De V. atento y seguro amigo y servidor— Simón Rodríguez »

Estas fueron algunas de las humoradas que han alegrado en parte, como grietas de límpido cielo en días tempestuosos, la desgraciada vida de aquel «modesto Don Simón Rodríguez, el sapientísimo maestro de escuela que supo adivinar el genio de Bolívar, que robusteció su ser moral para los grandes hechos, y le mostró allá, entre las brumas del futuro, como única empresa digna de sus ansias, la libertad de América.»

RICARDO HERNÁNDEZ

Montevideo, Abril 1918

## Remo R. Merlo

CIRUJANO DENTISTA

Especialista en trabajos en oro, y extracciones absolutamente sin dolor — Consultas de

7 a. m. a 7 p. m.

Teléfono La Uruguaya No. 477

(Cordón) Calle Charrúa N. 1851

## Baldomero García

Fabricas de Sombreros  
—Y Casa de Modas—

Cuenta con un variado surtido de modelos y artículos de novedad para la proxima estacion.

La casa que vende más barato

Calle 18 de Julio 1469  
(Entre Médanos y Vázquez)

Montevideo

# INSTITUTO FRANKLIN

MALDONADO 1087

Directores: *Dalmiro Pérez y Francisco Massa*

Clases: Bachillerato, Magisterio, Ingreso, Idiomas, Comercio ❖ ❖

# RECORTES Y FRAGMENTOS

## Curiosidades

Los diputados, de las dos fracciones, han hecho manifestaciones de que vetarian una enorme cantidad de dinero para Escuelas. Decir y hacer es muy diferente.

El Dr. Salgado acaba de presentar un proyecto por el cual se crea en el Ministerio de Industrias una sección de Protección a la Infancia. No es necesario decir que lo más interesante del proyecto y la parte más práctica es todo lo que se refiere a los sueldos que pagarán —de rentas generales, es claro— a los componentes.—Proyectos, muchos, pero obras buenas y palpables.... ¿cuántas?

Aun permanece oculta la causa que ha obligado a la D. de I. P. a no nombrar maestros en las escuelas públicas rurales.

Un diario de la Argentina informa que en aquel país las autoridades escolares aplican rigurosas multas a los maestros y maestras que por cualquier circunstancia faltan a clase.

En la República Argentina pasan de 1000 los maestros y maestras que se encuentran sin escuelas.

En la República Oriental pasan de 300 los maestros y maestras que se encuentran sin escuela.—Y pasan de 20.000 los niños que por falta de escuelas no reciben instrucción.

## Anécdota

Paseando una noche por las fortificaciones de París, el vizconde de Turenna cayó en manos de una banda de ladrones que asaltaron y detuvieron su carruaje. Por conservar una sortija que tenía en mucha estima, les ofreció bajo su palabra darles cien louis de oro, valor superior al de la alhaja, y los ladrones se la dejaron.

Al día siguiente, uno de ellos se atrevió a ir a casa del vizconde, y en

medio de una gran concurrencia le dijo al oído que venía a que le entregase lo prometido. El vizconde le hizo dar el dinero, y antes de contar la aventura dejó al ladrón tiempo suficiente para escaparse.

Las promesas — decía luego a sus amigos — deben ser inviolables, y un hombre honrado no puede faltar a su palabra, aunque la haya dado a un ladrón.

## Costumbres raras

Se sabe que las rarísimas costumbres que hace algunos años tenía ocasión de observar el viajero que recorría el Extremo Oriente, han desaparecido poco menos que por completo. En Corea, sin embargo, se conservan todavía algunas muy extrañas; una de ellas es la de servirse los nobles de carretillas cuando tienen que asistir a cualquier ceremonia palatina. No es que en Corea no haya vehículos de otro género, o caballos; pero todo ello es mirado como de mal tono en ciertas ocasiones.

Las carretillas empleadas en tales casos, tienen varas delante y detrás, como las antiguas literas, y una sola rueda, precisamente debajo del hueco que sirve de asiento. De tirar y empujar a la vez, se encargan cuatro criados. En tan extraños vehículos van al palacio real, no solo los nobles, sino los dignatarios de todo género y hasta los generales, que en estos casos prefieren la carretilla al cose de guerra.

## Arboles que crían piedras preciosas

El bambú, o como por lo general se le llama en Oriente «la caña», que suministra a millones de seres humanos casi todo lo que necesitan (menos la comida), desde la cuna hasta

el ataúd, produce también piedras preciosas.

En algunas variedades de esta planta existe una substancia mineral compuesta de cal o sílice o potasa, que se forma, según se cree, a consecuencia de una enfermedad en el tallo o en la savia del bambú. En el transcurso del tiempo este depósito mineral se endurece y forma lo que los chinos llaman «tabashir», que se asemeja muchísimo al ópalo y tiene, según algunos químicos, la misma composición. Los chinos, sin embargo, no la atribuyen el mismo valor que a las piedras preciosas, sino que la cogen únicamente por sus supuestas virtudes medicinales. La piedra, aunque verdaderamente hermosa, adolece del defecto de ser frágil.

## Correspondencia

E. N. de G. Aiguá.—Recibimos todo lo enviado por Vd. Agradecidos. Por un error de imprenta apareció aquello, después que teníamos en nuestro poder su carta y lo demás, por lo que le quedamos reconocidos. Por correo le escribimos y agradecemos sus esfuerzos en pro de nuestra Revista.

Algunas suscriptoras—Creemos que en este número va lo que desean. Pueden enviar los temas, que si nos es posible las complaceremos.

## Regalamos

UNA NOVELA u otra obra de alta literatura a todo aquel que se suscriba por un año adelantado a la Revista «LA EDUCACIÓN»

Escribanos Vd. enseguida.

## “LA EDUCACION”

Revista Quincenal Pedagógica y Literaria

ORGANO DEL MAGISTERIO

APARECE LOS DIAS 15 Y 30 DE CADA MES

DIRECTORES:

ARTURO S. SILVA Y HUMBERTO ZARRILLI

Oficinas: Rondeau 1613

Los originales no se devuelven ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen. Dirijase toda correspondencia a nombre de los Directores.

## SUSCRIPCIÓN

Mensual (Capital e Interior)	\$ 0.25
Trimestre (Interior, adelantado)	» 0.80
Semestre	» 1.60
Annual (Exterior)	» 4.00 Oro
Número suelto	» 0.15
» » (Argentina)	» 0.40 m/n